

LA CHINA DE XI JINPING



El sistema y sus élites

La oficialmente denominada República Popular de China (RPCh) se está encaminando a ser la segunda potencia mundial, de ahí el amplio interés que hoy suscita entre analistas diversos. Uno de los compendios publicados más lúcidos, actualizados y mejor documentados se debe a Jean-Pierre Cabestan que ha estructurado un libro imprescindible para entender la China de hoy y en el que pasa revista a su régimen político, sus organizaciones burocráticas, su cultura política, su base social, el papel de las élites y los eventuales escenarios de futuro¹.

Cabestan, de entrada, sale al paso de algunos tópicos deterministas del tipo: el desarrollismo constante acabará haciendo inviable el autoritarismo o la sociedad civil se tomará la revancha frente a un régimen políticamente inmovilista. Pues bien, pese a cierta ralentización relativa del crecimiento en los últimos tiempos y a diversos problemas estructurales (deficiencias competitivas de algunas empresas públicas, sistema bancario imperfecto, alta contaminación, seria corrupción) el sistema goza de una gran estabilidad y carece de alternativa real.

¹ *Demain la Chine: démocratie ou dictature?*, Gallimard, París, 2018. El sinólogo francés Cabestan es Director del Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales de la Universidad Baptista de Hong Kong y Director de Investigación del CNRS. Es autor de numerosas obras académicas sobre el sistema político de la RPCh.

Tales dificultades objetivas no hacen tambalear lo más mínimo al régimen, entre otros factores por su hábil capacidad de adaptación al contexto mundial.

El sistema goza de una gran estabilidad y carece de alternativa real.

De un lado, no hay correlación automática entre desarrollo económico y democratización, y de otro, son muchos los factores que juegan a favor del régimen: enormidad del país, gran diversidad de sus poblaciones, larga y asentada tradición burocrática, hegemonía incontestable del todopoderoso Partido Comunista Chino (PCCh), colusión de intereses entre la *nomenklatura* política y las élites económicas, ausencia prácticamente absoluta de cultura democrática pluralista en la sociedad, temibles aparatos represivos y profundo temor social al caos y el desorden.

El sistema político chino es la encarnación de un Partido-Estado autoritario y burocrático que fomenta con éxito- la despolitización social. Por tanto, aun siendo anacrónico su régimen dictatorial es muy sólido: de un lado, el PCCh ha aprendido muy bien la lección del hundimiento del bloque soviético, y de otro, ha alcanzado una suerte de pacto social tácito. En el primer sentido, es total el rechazo de cualquier liberalización y democratización políticas, de ahí que se mantengan intactos la férrea censura y el rechazo del pluripartidismo competitivo. En el segundo, tras la represión de 1989 contra el movimiento pro-democracia, todo el mundo en China ha entendido perfectamente el mensaje, a lo Janos Kadar en la Hungría de 1956: “no se metan en política, dedíquense a prosperar, y todo irá bien”.

Al mismo tiempo, precisamente tras 1989, el régimen llegó a un acuerdo interno de relevos pactados de las élites políticas cada diez años, con una cierta tolerancia en asuntos no directamente políticos. Xi Jinping es el que ha roto ahora con esta tradición al concentrar en su persona un poder nunca antes visto desde Deng Xiaoping incluso Mao Zedong, con el que se emparenta al haber incluido en la Constitución su *pensamiento* en pie de igualdad con el fundador del régimen. Xi Jinping ha supuesto una novedad inesperada porque va en la línea opuesta a lo que creían la mayoría de los analistas occidentales, convencidos de que el principio colegiado, los relevos periódicos ordenados y la apertura gradual controlada serían irreversibles.

El sistema político chino es la encarnación de un Partido-Estado autoritario y burocrático que fomenta con éxito- la despolitización social.

Por su parte, las élites económicas privadas han captado muy bien el mensaje político, de ahí su exclusivo interés en prosperar. Sin la menor veleidad política, lo único que piden los empresarios chinos al régimen es un mínimo respeto por las reglas del mercado y de la legalidad económica, financiera y comercial, además de limitar las trabas burocráticas y reducir la corrupción. En estos asuntos todas las élites- políticas y socioeconómicas- están de acuerdo porque coinciden en tales prioridades. Además, la importante presencia de empresarios en el PCCh refuerza tal connivencia.

Los aparatos del Estado

En el sistema político de la RPCh la clave no es el Estado, sino el PCCh, con cerca de 90 millones de afiliados (30 millones son cuadros burocráticos intermedios y 10 millones ocupan cargos superiores). El PCCh se basa en un sólido equilibrio autoritario, elitista, paternalista e imperial, con un modelo de *nomenklatura* plutocrática, nepotista y corrupta en la que, tras 1989, ya no se vislumbran sectores políticamente liberalizadores, en la línea de Hu Jintao. Con todo, sí son perceptibles ciertas *tendencias*, una tecnocrático-aperturista y otra burocrático-proteccionista, pero ambas están hoy plenamente de acuerdo en no dar paso a un sistema de pluripartidismo competitivo.

El PCCh tiene un funcionamiento interno muy opaco (la cúpula adapta las reglas a conveniencia) ya que no hace públicos sus debates, ni explica cómo adopta las decisiones. Las élites se renuevan por cooptación “desde arriba”, de acuerdo con un modelo piramidal y jerárquico. Ingresar en el PCCh no deja de ser una inversión desde el momento en que tal opción ayuda profesionalmente, toda vez que aquel monopoliza las Administraciones y las empresas públicas. Además, el 34% de los empresarios privados (unos 4 millones sobre unos 12) son miembros del PCCh y éste tiene interés en cooptarlos precisamente para que no tengan la tentación de ir por libre políticamente. En su estructura interna, un 2% forma la élite superior, un 8% la técnico-profesional, un 25% los cuadros intermedios y un 65% las capas inferiores. Por lo demás, desde el punto de vista ideológico el

“marxismo-leninismo” es pura retórica superficial vacía, siendo mucho más relevante el nacionalismo (gran-Han, por cierto, algo que afecta a las 54 minorías étnicas reconocidas, el 8.5% de la población- unos 115 millones de personas- que tienen muy recortados sus derechos).

La modernización y profesionalización del Estado ha avanzado desde Deng Xiaoping, pero el esquema institucional sigue anclado en el pasado y formalmente es de inspiración soviética. La Administración pública (con 70 millones de cuadros) está naturalmente al servicio del PCCh, siendo algo autónoma en cuestiones técnicas y siempre bajo tutela política. Las instituciones representativas elegibles (pero no de modo competitivo pluralista) están siempre supervisadas por el PCCh, incluso en los más bajos niveles de la administración municipal en los que, a veces, se ha autorizado la concurrencia de candidatos no “oficiales”, pero avalados por las autoridades superiores: un claro ejemplo de los insuperables límites de la “experimentación” política en la RPCh. En suma, hay algunos elementos de continuidad histórica burocrática con el “Celeste Imperio”, pero también novedades por la introducción del modelo soviético tras 1949.

El aparato judicial no es independiente, pero ha mejorado un tanto su profesionalización por imperativos de mercado: los inversores (sobre todo, los extranjeros) exigen seguridad jurídica en los contratos. Sin embargo, el pilar clave del poder del PCCh siguen siendo las fuerzas armadas, totalmente controladas por aquel: Xi Jinping preside el Comité

Militar Central y todos los altos mandos son miembros del PCCh, de ahí que no quepa esperar ningún “sobresalto” para el régimen desde el Ejército. El otro gran pilar de la fuerza del PCCh es el control del sector público de la economía (representa el 50% del PIB): sobre 40 millones de empleados en las empresas públicas, 10 millones son miembros del PCCh. Además, éste está presente en el 68% de las empresas privadas y en el 59% de las ONG autorizadas.

El pilar clave del poder del PCCh siguen siendo las fuerzas armadas, totalmente controladas por Xi Jinping.

Uno de los principales problemas que afectan al sistema- y que realmente suscita un notable malestar social- es el de la generalizada corrupción. Xi Jinping ha lanzado campañas formalmente enérgicas para combatirla, pero con resultados muy parciales que han afectado en lo esencial a cuadros intermedios y sólo por excepción a algunos miembros de la cúpula. El problema es que ese método de combate de la corrupción ataca ciertos de sus efectos (algunos corruptos caen), pero no va a las causas últimas y no puede hacerlo porque carece de tribunales independientes. Por ello, es imposible erradicar *estructuralmente* la corrupción, de ahí que las campañas oficiales contra la misma sirvan como propaganda y, en el fondo, como mecanismo para liquidar a eventuales opositores internos.

La sociedad y el futuro

Es cierto que ha aparecido una embrionaria *sociedad civil*, pero “tutelada” por el PCCh: existen unas 700.000 ONG, la mitad de carácter comercial y

el resto de asistencia social o impulso cultural, siempre supervisadas por las autoridades. Una de las mayores preocupaciones del régimen es internet (especialmente popular entre los jóvenes), severamente controlado para bloquear Facebook, Google o Twitter: el gobierno tiene empleados nada menos que a 2 millones de personas especializadas en garantizar el “cortafuegos”, a la vez que el pirateo está fuertemente penalizado.

Esto no impide que en la RPCCh sean muy frecuentes conflictos sociales de tipo local y sectorial. No son un riesgo global para el régimen, pero reflejan diversos malestares populares parciales y disfunciones administrativas. No hay coordinación alguna entre ellos, pero el régimen debe intentar dar respuestas no sólo represivas y/o dilatorias y, en este sentido, son notorios sus fallos. Por lo demás, la mayoría de la población considera legítimo al régimen del que se esperan mejores resultados (84% en las encuestas de opinión oficiales, resultado que, con todo, debe tomarse con cierta cautela ante la falta de una real libertad de expresión). La mayoría de la población entiende la democracia no como un sistema de pluripartidismo competitivo (este modelo es considerado divisivo e inconveniente), sino como un sistema en el que el gobierno “escucha” al pueblo y está “a su servicio”. En este sentido, existen mecanismos consultivos que sirven a las autoridades para pulsar preferencias sociales difusas.

Tras la represión de 1989, hay un deseo general de estabilidad, orden y prosperidad, con menos trabas burocráticas, respeto por las reglas, menos prepotencia de las autoridades locales y sin corrupción. En suma, se desea “buen gobierno”, más que participar o disputar políticamente por el poder.

Con todo, hay diferencias de opinión entre jóvenes/viejos, con estudios y sin, campo/ciudad o costa/interior, pero sin que ello tenga una traducción conflictiva para el régimen.

Uno de los principales problemas para la eventual democratización de la RPCh es la ausencia prácticamente absoluta de cultura pluralista en la sociedad. Tan solo algunos círculos intelectuales han reclamado derechos y libertades políticos de corte occidental, aunque las experiencias históricas de tolerancia del régimen fueron muy breves y seguidas de fuerte represión (las “cien flores” en 1957 o las manifestaciones en favor de la “quinta modernización” en 1989). Por tanto, las élites intelectuales- en principio, las más favorables a una democracia liberal- operan con extraordinaria cautela. Más que pluripartidismo competitivo se reclama- de modo más realista- transparencia administrativa, supresión de controles burocráticos, garantías procesales y más libertad de expresión. Muchos intelectuales “aperturistas” consideran que la RPCh no está preparada para una democracia liberal y que incluso podría no ser un modelo conveniente para el país. Por ello, más que democratización se aspira a una liberalización dentro del régimen. La disidencia interior es irrelevante y sus escasos miembros están aislados y vigilados y no son conocidos por la gente.

Más relevancia tiene la religión, pero el régimen ha sido muy hábil para ponerla a su servicio: hay una mayor tolerancia hacia las confesiones que deben someterse a controles oficiales. Con todo, de un lado, son duramente reprimidas las sectas reputadas subversivas (Falun Gong), y de otro, algunas religiones muy arraigadas en minorías nacionales son objeto de especial vigilancia. Es el caso del budismo en el Tíbet

o del islam en el Xingiang ya que operan no sólo como confesiones, sino como factores de identidad nacional (y de movilización nacionalista), algo que inquieta a la *nomenklatura*. Con relación a los católicos, existe una Iglesia “adicta” (“patriótica”)- no reconocida por el Vaticano-, aunque el gobierno ha iniciado conversaciones con éste.

Uno de los principales problemas para la eventual democratización de la RPCh es la ausencia prácticamente absoluta de cultura pluralista en la sociedad.

En suma, el régimen se irá adaptando a las cambiantes circunstancias internas e internacionales, siempre dentro de una estructura política que asegure el monopolio del poder y del PCCh. A juicio de Cabestan, no son esperables escenarios de pluripartidismo controlado y organizado por el régimen en los próximos veinte años, al modo, por ejemplo, de la Turquía posterior a Ataturk. Más bien el modelo es Singapur: fuerte desarrollismo y prosperidad general, con autoritarismo y orden estricto.

En su caso, las tensiones políticas serias sólo pueden proceder de la cúpula, algo de lo que es consciente la *nomenklatura* y que Xi Jinping ha dejado muy claro que evitará. Por tanto, no habrá un Gorbachov chino, lo que no impedirá “reajustes” parciales en el sistema. Todo apunta, pues, a la continuidad del régimen y sólo una muy grave crisis económico-social y/o internacional (¿Taiwán?) podría aconsejar introducir cambios políticos, más en sentido liberalizador que democratizador. Para el régimen es vital evitar la politización de las fracturas sociales, para lo que la represión no bastará, de ahí la

importancia de la eficacia redistributiva, hoy más bien mediocre.

El desarrollismo no dejará de reforzar al sector privado, pero ya se ha señalado que de aquí no cabe deducir una eventual democratización dada la alta colusión de intereses con la *nomenklatura*. El régimen sabe que la clave de la estabilidad está en la generalización del bienestar (en un país de 1.400 millones de habitantes ha surgido una importante clase media de unos 400 millones). En conclusión, Cabestan señala en esta importante obra que el régimen autoritario, elitista, paternalista e imperial de la RPCh goza de una alta estabilidad. No va a colapsar ni a democratizarse a medio plazo y Occidente no debe hacerse la menor ilusión al respecto. La correlación de fuerzas es totalmente favorable al PCCh y la absoluta ausencia de cultura cívica democrática en la sociedad china explica este pronóstico. Se le debe exigir a la RPCh mayor respeto por los derechos humanos, pero- al final- la *realpolitik* archiva pronto este discurso frente a un coloso mundial con el que hay que convivir y negociar.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera
Catedrático de Ciencia Política
Universidad de Barcelona

Publicado por:



Asociación para las Naciones Unidas en España
United Nations Association of Spain

Vía Laietana, 51, entlo.3º. 08003 Barcelona
Tels.: 93 301 39 90 – (31 98) Fax: 93 317 57 68
e-mail: info@anue.org
www.anue.org

Con apoyo de:



Generalitat de Catalunya



Diputació Barcelona

**La Revista de la ANUE no hace necesariamente suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.*